

dominio de la imitación no queda restringido á los sonidos que se producen en la naturaleza, sino que hay medios de combinar en el espíritu las ideas del movimiento rápido, lento, brusco, etc., y esto, no sólo por medio del oído, sino también por medio de la vista, porque también ésta sugiere ideas de esta naturaleza. Y nos explicamos que en la época en que el hombre buscaba por su parte la sugestión de las palabras, debía fijarse en las analogías á que quería dar cuerpo mucho más que lo hacemos nosotros, que tenemos superabundancia de palabras para expresar todas las ideas (1). La necesidad de comunicarse con los semejantes hace que se forme un cierto fondo común de palabras que varían de grupo á grupo, según la diferente manera que éstos tienen de expresar sus sentimientos por medio de exclamaciones y la diferente manera de imitar ciertos sonidos. De esta manera se constituye un lenguaje de palabras monosilábicas. Después, á los monosílabos que constituyen las palabras, se les agrega ciertos sufijos y prefijos, para significar algunas modalidades especiales de la cosa que se quiere indicar, tales como las condiciones de tiempo y de persona, de número y de caso. Así aparecen las lenguas aglutinantes. Por último, en una tercera fase evolutiva de las lenguas, las palabras van modificándose en el sentido de apartarse cada vez más del sonido imitativo. La palabra modifica su raíz para expresar todas las modalidades del pensamiento, y al propio tiempo aparecen otras palabras para expresar las relaciones entre las cosas y las ideas. Este es el momento en que nacen las lenguas por flexión (2).

La misma evolución existe en la escritura. Las primeras formas de escritura fueron las ideográficas, es decir, la representación de las cosas por medio de signos. Después, por una parte, comenzaron á simplificarse los signos ideográficos, y por otra, comenzaron á aparecer los signos simbólicos para expresar algunas ideas abstractas. Por fin, fué necesario añadir la pintura de los sonidos á la pintura de las ideas. Aunque estos signos no representaban por su propia naturaleza sonido alguno, sin embargo, el que los leía, estaba obligado á traducir con una palabra de su lengua el signo convencional que encontraba escrito. Así que estos símbolos, junto á ciertos sonidos, hubieron de indicar ciertas ideas correspondientes á los mismos (3). Y este es el origen de la escritura fonética.

(1) Whitney: *La vie du langage*, pág. 243.

(2) Consultese Hovelacque: *La linguistique*, pág. 38-336.

(3) Maspero: *Histoire ancienne des peuples de l'Orient*, cuarta edic., pág. 709 y sigs.

CAPÍTULO II

La génesis del Derecho.

§ I

INDUCCIONES PSICOLÓGICAS ACERCA DEL HOMBRE PRIMITIVO

23. Ideas generales acerca del hombre primitivo, considerado desde el punto de vista psíquico.—24. Examen de las facultades mentales del hombre primitivo, consideradas á través de la inducción psicológica.—25. Progresivo desarrollo de estas facultades.

23. Si los datos de la psicología experimental son verdaderos, deben proporcionarnos un auxilio preciosísimo para estudiar, mediante la inducción científica, al hombre primitivo bajo su aspecto psíquico.

En efecto, se ha demostrado que en la extensa escala zoológica existe una larga cadena de organismos cuya complicación está en razón directa del progresivo desarrollo del espíritu; paralelismo que se ve todavía más manifestamente, comparando el desarrollo del sistema nervioso con la evolución psíquica. Además, del estudio atento de los plexos nerviosos cerebrales, pueden sacarse otras inducciones importantes acerca de las facultades intelectivas. Por cuya razón, para adquirir un concepto genérico del desarrollo mental de un individuo, no puede prescindirse del estudio del organismo, y singularmente del cerebro. También hay que fijarse en los productos de la actividad humana, porque en ellos se refleja la mayor ó menor elevación de la inteligencia.

Para el estudio de la potencia psíquica del hombre primitivo

poseemos pocos elementos directos. Sólo disponemos de algunos restos osteológicos y de aquellos productos de la industria que se han librado de la acción del tiempo. No obstante, sin temor de que nuestras inducciones puedan parecer aventuradas, creo que podemos sentar algunos conceptos genéricos respecto á la referida potencia mental.

Hemos visto que el cuerpo humano se ha ido modificando poco á poco, pasando desde ciertas formas más imperfectas, que se encuentran en parte entre algunas razas salvajes, á otras formas más perfeccionadas, hasta llegar á adquirir aquella que es característica de los pueblos más civilizados y más apropiada para la manifestación de las ideas. En efecto, la poca capacidad cránica, el desarrollo y el prognatismo de las mandíbulas, el espesor de los huesos, la forma arqueada de las costillas, los profundos surcos de las tibia y de los huesos femurales, y las graves lesiones que se encuentran en los huesos del cráneo; todos estos hechos, que nos han hecho concluir más arriba que el hombre comenzó á vivir una vida de lucha con la naturaleza ambiente, con sus semejantes y con los animales, deben servirnos para concluir lógicamente que su vida era una vida que podemos llamar vegetativa, es decir, cuyo único propósito era el de satisfacer las necesidades orgánicas; por cuya razón era preciso, para hacerla, robustez en los miembros y aptitud para la carrera. Mas lo que puede proporcionarnos un concepto más adecuado del hombre primitivo es, como se dicho, el estudio del encéfalo. Ahora bien; á falta de la experimentación directa sobre el cerebro, podemos estudiar su volumen y calcular la capacidad craneal en que se halla contenido: método que, por lo demás, es el que siguen hoy diferentes hombres de ciencia, como Davis, Weisback y Welcker cuando no disponen del peso directo del cerebro. Ahora, como más atrás hemos visto, la capacidad de los cráneos prehistóricos es muy inferior á la de los cráneos actuales; por lo que, calculando aproximadamente el peso de los correspondientes cerebros, se encuentra que es también menor en los primeros que en los segundos. Comenzando por el cráneo de Neanderthal, que tiene una capacidad de 1.220 centímetros cúbicos, y pasando á los de Cro-Magnon y Furfooz, se advierte una continuada evolución de la masa cerebral que no puede menos de corresponderse con el progresivo desarrollo de la inteligencia.

Vengamos ahora al otro dato de la indagación psíquica relativa al hombre primitivo, dato que nos le suministran los objetos de su

industria y el ambiente en que vivía. Hemos visto que el ambiente que lo circundaba no era de los más favorables para la meditación. Un clima húmedo y frío, las lluvias torrenciales, la aspereza del suelo, innumerables animales feroces que le disputaban la alimentación y que á veces hacían presa de él mismo; todo esto debió obligarle á renunciar durante mucho tiempo á la vida contemplativa, si hubiese tenido ganas de entregarse á ella. Cuanto á su industria, hemos visto que consistía en un principio en trabajar toscamente algunas piedras, sin hacerlas siquiera hábiles para cortar la leña con que poder formar una choza, ni para pelar y perforar las pieles de que podía hacer sus vestidos, ni como arma ofensiva ó defensiva, sino que sólo podían servirle para desgarrar las ramas de los árboles y formar con ellas garrotes, ó para romper ciertas frutas secas, ó para otros usos elementales de la vida.

Ahora bien: dado este estado de cosas, ¿cuál podía ser la inteligencia del hombre primitivo? La conformación de su cuerpo, su género de vida, el ambiente en que vivía, su industria rudimentaria... todo hace suponer que su inteligencia era sumamente elemental, y que la función de la misma tenía que limitarse á la representación interior de los acontecimientos exteriores y á procurarse lo que era necesario para su sustento y para la más grosera satisfacción de sus necesidades. Su potencia sobre las ideas abstractas debía ser muy limitada, porque, como se ha dicho, antes que preocuparse mucho de las abstracciones, el hombre primitivo ha debido esforzarse, durante largo espacio de tiempo, por mejor proveer á sus necesidades, en medio de aquella lucha cruenta que continuamente tenía que sostener por la propia subsistencia.

24. El hombre primitivo debía tener mucha semejanza con algunos salvajes contemporáneos y con los niños; pero siempre por lo que se refiere á lo rudimentario de sus conocimientos, puesto que entre los salvajes se encuentra á menudo un cúmulo inmenso de supersticiones que no podía tener el hombre primitivo, puesto que en nuestros antiquísimos progenitores no había tomado cuerpo todavía la idea del miedo, ni tenían ritos tradicionales, practicados desde tiempo inmemorial. Difería también la capacidad psíquica del hombre primitivo de la de los niños actuales, porque éstos tienen una mayor aptitud para el progreso intelectual, fijada por medio de la herencia en sus centros cerebrales, mientras que las ideas del hombre primitivo eran más vírgenes. En todo lo

demás, subsiste la analogía entre hombres primitivos, salvajes contemporáneos y niños.

El hombre primitivo debía estar muy poco acostumbrado á la observación. La atención que, como hemos visto, es una condición importantísima para la educación de la mente, y que supone ya una cierta aptitud para fijar las ideas por largo tiempo, no existe entre los salvajes ni entre los niños sino en grado muy débil. Todo el mundo sabe cuán fácilmente se distraen los niños. Cuanto á los salvajes, todos los viajeros están de acuerdo en que no pueden sostener un razonamiento por más de un cuarto de hora, y cuando se les obliga á sostenerlo por más tiempo, suelen dormirse ó concluyen por no comprender nada. El que no está acostumbrado á observar bien las cosas es, por esto mismo, imprevisor, porque, como advierte Letourneau, para prever es preciso tener una atención continua, poder agrupar y comparar los hechos, deducir lo porvenir de lo pasado y de lo presente.

Pero el hombre inferior no sabe observar más que en un campo muy limitado; sólo le preocupa aquello que se refiere á la satisfacción de sus más urgentes necesidades; su memoria es poco extensa, pues las huellas de lo pasado desaparecen pronto en él: de aquí que ningún pueblo salvaje tenga historia (1). Como el salvaje está poco acostumbrado á la observación, es también poco apto para descubrir las relaciones existentes entre las cosas; antes bien, la analogía es para él una fuente permanente de errores, porque de una pura analogía formal, induce él una analogía causal. Así, el esquimés, que ve que un pedazo de hielo se funde en la boca, cree que también se ha de fundir un pedazo de cristal, porque tiene forma análoga á la del hielo (2). Así como los niños y los salvajes son crédulos, así también debía serlo el hombre primitivo, el cual debía mostrarse satisfecho, como aquéllos, con las explicaciones más absurdas. Los boyesmanos creyeron que la carroza de Capman fuese la madre de las otras que eran más pequeñas que ella; desprecian á una flecha que no ha dado en el blanco y conceden un doble valor á la que ha herido bien; lo mismo que los indígenas de Tahiti sembraron algunos clavos que les había regalado el capitán Cook, en la creencia de que habían de germinar (3). Miran la

(1) Letourneau: *Sociologie*, pág. 562.

(2) Le Bon: Obra citada, I, pág. 331.

(3) Lubbock: *Origines de la civilisation*, pág. 31.

superficialidad de las cosas, sin profundizarlas ni preocuparse de sus razones íntimas (1). Los que ocupan los puntos más bajos de la escala de las razas humanas ni siquiera dan señales de tener curiosidad. El hombre primitivo debía también tener poca actividad espontánea y mucha imitativa, porque para la espontaneidad se necesita mucha imaginación y mucha abstracción, cosas que faltaban en aquellas oscurísimas inteligencias. Debían también tener, como los más ínfimos salvajes, una voluntad que estaba cambiando á cada momento, al más leve cambio de las combinaciones de ideas; y su emotividad debía ser también comparable á la de los niños y á la de los salvajes, los cuales se excitan muy fácilmente y muy fácilmente cambian de emociones, porque su cerebro tiene poca fuerza moderadora. No debían tener ideas generales ni abstractas, sino sólo aquellas más modestas que suelen tener los salvajes contemporáneos; y esto por su escasa capacidad para observar y para averiguar las relaciones existentes entre las cosas. Así, los neo-caledonios no tienen un nombre para indicar la totalidad de su isla (2), y los tasmanianos tienen nombres especiales para indicar tal árbol ó tal otro, pero no tienen un nombre para designar el árbol en general (3). Esto, sin hablar de las ideas más abstractas (4). Su aptitud para las matemáticas no debía ser mayor que la que se encuentra entre los pueblos más salvajes; pues la idea de número, aunque es una idea inferior, sin embargo es una idea abstracta que no cabe en la inteligencia de los weddahs de Ceylán. Los tasmanianos apenas saben decir «uno y dos»; más de dos lo llaman «muchos»; á lo sumo, para decir tres, dicen «dos más uno» y para decir cuatro «dos más dos.» Los australianos no tienen tampoco más que dos expresiones numéricas, pero superponiéndolas llegan á contar hasta seis; los más adelantados, para contar cinco, decían «una mano», y para contar diez, «dos manos». Por regla general, esta numeración digital está muy extendida entre las razas salvajes: de ella se sirven los tasmanianos, los neo-caledonios, los cafres, los esquimeses, los indios de la América del Norte, etc. Los boyesmanos tienen dos nombres de número, que luego combinan

(1) Tylor: *Civilisation primitive*, I, pág. 271.

(2) Cook: *Deuxième Voyage*, en la *Histoire univ. des voyages*, vol. IX.

(3) Consúltese Letourneau: Obra citada, pág. 520.

(4) Consúltese Spencer: *Principes de psychologie*, I, pág. 385. — *Principes de sociologie*, trad. fr., I.

superponiéndolos; los abisinios tienen tres, y así sucesivamente (1). El hombre primitivo, que entendía muy mal la idea del número, debía entender mucho menos la idea del tiempo. Esta es, en sí misma, una idea abstracta, y como tal, difícil de comprenderse; porque supone una memoria causal, una memoria de ideas, y ésta no existe en las formas más rudimentarias de evolución psíquica. La memoria que se conserva muy viva es la de cosas y lugares. Los salvajes no saben decir su edad, porque no tienen idea de los años, ni sabrían contarlos: sólo son capaces de contar algunos días, y esto, por el número de sus sueños. En su mente sólo hay una débil huella del pasado. Sólo piensan en ciertos acontecimientos importantísimos que han llamado su atención (victorias obtenidas sobre sus enemigos, derrotas sufridas, captura de algún elefante, grandes cataclismos atmosféricos, etc.), pero aun estos van poco á poco borrándose de su mente á medida que pasa el tiempo. También del espacio tienen ideas muy limitadas, pues para ellos el espacio está limitado á los lugares que visitan, y consideran al cielo como una bóveda colocada á una altura regular y poblada por animales. Finalmente, en cuanto al lenguaje, el del hombre primitivo debía ofrecer las formas rudimentarias que hemos indicado más arriba. El hombre primitivo debía hacerse entender por medio de gritos y de gestos, teniendo además un cierto número de vocablos para expresar imitativamente determinados objetos (2), vocablos compuestos de una sola sílaba. En efecto, la lengua del pueblo más antiguo que ha aparecido en la historia era monosilábica (3), y así es también la de los pueblos salvajes, como lo es también la de algunos pueblos que han permanecido estacionarios en el camino de la civilización, como los chinos, los tibetianos y los birmanos (4).

25. De estas primeras formas debió provenir, por medio de transiciones graduales, el desarrollo intelectual. Si atendemos á los datos paleontológicos, vemos que muy pronto se presentó la época en que se formaron los grandes glaciares. Y como resultó un clima

(1) Consúltese Tylor: Obra citada, 1, pág. 300.—Lubbock: Obra citada, pág. 428.—Letourneau: Obra citada, pág. 585.

(2) Esto lo ha demostrado Max Müller: *Lecturas sobre la ciencia del lenguaje*. Milán, 1864, lec. IX.

(3) Consúltese Champollion: *L'Égypte ancienne*, pág. 214.

(4) Hovelacque: *La linguistique*, pág. 42-52.

sumamente riguroso, el hombre tuvo que apelar á sus recursos intelectuales para proporcionarse los medios de hacer frente á este clima, y buscar en las pieles de los animales vestidos á propósito para librarse del frío. Entonces aparecieron los instrumentos de piedra, hechos á propósito para raspar las pieles y perforarlas. Además, en este tiempo los hombres se servían de las grutas y de las cavernas como lugares de abrigo, así como también se dirigieron á otras regiones en busca de la piedra necesaria para confeccionar los objetos de su industria. Esto indica que sabe ya atender mejor á sus necesidades, y que adquiere la facultad de comunicarse mejor todavía con sus semejantes, lo cual supone un cierto progreso en el lenguaje. Todo ello indica que ya piensa más. Todavía más tarde, vemos la industria de la piedra desarrollarse en todas sus formas. El hombre no ha sabido todavía encontrar ninguna otra materia más que la piedra para confeccionar los instrumentos necesarios á su vida; pero con sólo esta materia ha sabido formar todos los instrumentos que le eran indispensables para la satisfacción de sus necesidades. Y esto demuestra que su inteligencia se va desarrollando más cada vez.

Pero lo que nos ofrece una prueba segura del desarrollo de las ideas abstractas en el hombre, al concluir la época cuaternaria, es el nacimiento del arte, que tiene lugar cuando la industria de la piedra sin pulimentar ha adquirido toda su perfección. La aparición del arte tiene una altísima significación, lo mismo para el psicólogo que para el sociólogo. El psicólogo ve en ella la idea de lo bello que se presenta á la inteligencia del hombre viva y llena de juventud y frescura; y el sociólogo advierte, mediante la misma, que el hombre ha adquirido una cierta sociabilidad, y con ella, estabilidad en un sitio, así como que puede dedicarse á algo más que á la lucha material por el alimento. No puede, por tanto, ponerse en duda que con la aparición del arte van desarrollándose en el individuo las ideas abstractas, tras de las cuales debieron aparecer también las ideas morales, propiamente dichas, es decir, las que se inspiran en el bien de la sociedad, y los sentimientos correspondientes, como veremos en el § III de este capítulo.—Con el gusto por el arte, aparece también el gusto por los adornos, lo cual indica que la idea de lo bello iba penetrando en aquellas inteligencias que durante tanto tiempo no se habían cuidado de otra cosa que de satisfacer las necesidades más elementales. Todo lo cual prueba evidentemente que el hombre comenzó á concebir las ideas

abstractas, y que á grandes pasos se encaminaba fuera del terreno de la vida salvaje y hacia el campo de la que llamamos vida civilizada.

Por último, en la época neolítica, aunque es verdad que, por virtud de peculiares circunstancias, debidas principalmente á las invasiones, las razas autóctonas de Europa no cultivaron el arte, no por esto puede decirse que se hubiese realizado retroceso alguno en su inteligencia; antes bien, lo que se ve es un progreso desproporcionado en relación con la época precedente. En efecto, como hemos visto, el hombre comienza en esta época á sustituir la industria de la piedra sin pulimentar por la de la piedra pulimentada, la cual debió hacer que los instrumentos se adaptasen mejor á la satisfacción de las necesidades. El clima, que ya era más benigno, le permitió dedicarse más ventajosamente á su industria. A las grutas y cavernas, cuya posesión tenía que disputar á los animales en la época precedente, sustituyeron las chozas de madera, ora terrestres, ora lacustres, y estas últimas sostenidas por palafitas. Atiende también mejor á la necesidad de alimentarse, mediante la construcción de objetos de cocina, con los cuales podía cocer los alimentos, en vez de tostarlos simplemente al fuego. Importantísimo fué el hecho del cultivo de la tierra, el cual le permitió hacer una vida verdaderamente sedentaria, y que prueba que ya no se hallaba en lucha con sus semejantes. También es importante el hecho de la domesticación de los animales, que le sirven para alimento y como medios de transporte.

Existen otros hechos que prueban más directamente lo mucho que en esta época se había elevado el nivel psíquico. Así, la ornamentación del cuerpo no se limita ya á pintarlo, sino á adornarlo con variedad de pendientes, dijes y cosas semejantes. El desarrollo del sentimiento religioso prueba que el hombre se había acostumbrado ya á la contemplación y al culto de potencias superiores, concebidas de muy distintas maneras. La confección de esculturas se liga también en gran parte con las ideas religiosas y supone la continuación de un cierto género de vida del difunto. Por fin, la organización de una existencia médica especial, de cuya existencia nos dan testimonio las lesiones que se observan en los huesos y que para ser curados necesitan cuidados y reposo, demuestra bien claramente un grado bastante avanzado de desarrollo intelectual y afectivo, porque implica la existencia de prácticas sociales de carácter altruista. Y todo esto, unido á una mayor

sociabilidad, implica un desarrollo bastante grande del lenguaje, un desarrollo que permite expresar las ideas abstractas y que puede servir para mantener unas relaciones sociales más amplias y más justas.

Desde este punto, y mediante el auxilio de toda clase de pruebas históricas, puede seguirse el ulterior desarrollo de la inteligencia humana, hasta llegar á los pueblos contemporáneos más civilizados.